

## **LA SUTILEZA HABLA DE LA MUJER QUE SOS... SENTIDOS Y VALORES EN TORNO A LA SEDUCCIÓN FEMENINA ENTRE MUJERES UNIVERSITARIAS HETEROSEXUALES DE LA CÓRDOBA CONTEMPORÁNEA**

**María Celeste Bianciotti**

Centro de Investigaciones y Estudios  
en Cultura y Sociedad / CONICET /  
Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)

### **Resumen**

Este trabajo se enfoca en los sentidos y valores que un grupo de treinta mujeres universitarias – que vivenciaban experiencias heterosexuales y que vivían en la ciudad de Córdoba entre 2010 y 2013– daban a la dimensión erótica de sus vidas, específicamente a la seducción femenina. Este artículo se desprende de un estudio mayor que se propuso (de)mostrar los modos en que se configuran procesos de sujeción y subjetivación por medio de citaciones estilizadas del cuerpo como son las *performances* de seducción femeninas. Se analizará, aquí, cómo aparecía la seducción en términos de la reflexividad discursiva de estas mujeres y su estrecha vinculación con valores morales específicos. Se trabajará, especialmente, sobre los acuerdos encontrados en campo, los cuales daban lugar a estilos de *performances* compartidos en mayor o menor medida y por medio de los cuales se pudo reconstruir un guion de seducción femenina.

**Palabras clave:** seducción; feminidad; heteroerotismos.

### **Presentación**

La sexualidad, en el mundo occidental, funciona como objeto de preocupación moral, como referencia básica para la definición identitaria y como fuente de verdad del propio ser (Weeks, 1998). La centralidad que viene cobrando la dimensión erótica en nuestras sociedades se refleja en los –relativamente– recientes nichos de mercado tendientes a generar ganancias por medio de la oferta de espacios de sociabilidad y ligue hetero- y homosexual, y la venta del Viagra; en la prescripción de un cuerpo óptimo tanto en términos de maximización de la salud (Dias Duarte, 1999) como en términos de maximización de la belleza – especialmente en el marco de los discursos de la industria cultural–; en el desarrollo de escuelas de seducción femenina y masculina, y en los ya antiguos y repetitivos consejos para “la primera cita” dispensados por las revistas femeninas; y en la aparición, incluso, de una nueva noción dentro de la academia occidental como la de “capital erótico” (Hakim, 2012). Estos fenómenos contemporáneos renuevan la necesidad de pensar una dimensión de nuestras vidas desde todos los campos disciplinares

posibles, desde los sentidos y valores (re)construidos en contextos situados hasta aquellos puestos a circular por los medios masivos de comunicación; desde las prácticas íntimas y privadas de los y las sujetos hasta las reivindicaciones identitarias de los movimientos socio-sexuales.

Pretendo, aquí, tomar una pequeña dimensión del fenómeno complejo y multifacético de la sexualidad a partir de un trabajo enfocado en los sentidos y valores que un grupo de treinta mujeres universitarias –que durante 2010 a 2013 experimentaban relacionamientos (hetero)eróticos y residían en la ciudad de Córdoba– daban a la dimensión erótica de sus vidas, específicamente a las *performances* (Schechner, 2000) de seducción femenina (1). Este artículo se desprende de un estudio mayor que se propuso (de)mostrar los modos en que se configuran procesos subjetivos por medio de “citaciones estilizadas del cuerpo” (Butler, 2007) como son las *performances* de seducción, enmarcadas en experiencias (hetero)eróticas de jóvenes universitarias con las que realicé un proceso investigativo durante tres años.

¿Cómo se concibe la potencialidad seductora femenina y masculina? ¿Qué modos contingentes toma dicha potencialidad en círculos sociales atravesados de diferentes maneras por diacríticos de raza/clase, sexo/género/deseo y edad? ¿Cuánto importa esta dimensión a los y las sujetos? ¿Qué valores morales se asocian a las potencialidades eróticas y seductoras de las mujeres? ¿Qué se juega cuando se juega a seducir? En el marco de estas preguntas, analizaré aquí, especialmente, lo dicho por las mujeres con las que trabajé respecto a aquello que sería la seducción femenina; es decir, cómo esta aparecía en términos de la reflexividad discursiva de las jóvenes. Me focalizaré sobre los acuerdos encontrados en campo respecto de estas experiencias, los cuales daban lugar a estilos de *performances* compartidos en mayor o menor medida y por medio de los cuales pude reconstruir un “guion” (Gagnon, 2006) de seducción. De esta manera, pretendo alcanzar un conjunto de “generalizaciones empíricas” (Becker, 2009) que podrían extenderse al conjunto de mujeres jóvenes heterosexuales universitarias de nuestro país.

## **Seducción y feminidad**

Podría, aquí, tomar de antemano alguna de las –escasas– nociones de seducción que maneja el mundo académico contemporáneo. Podría decir que ella se constituye como una práctica eminentemente femenina que impone una economía del rodeo, el malentendido y el derroche que se opone a la lógica productiva que adquirió la sexualidad moderna en Occidente, trayendo consigo una lógica del “desvío” y de la “muerte” a cargo de la mujer que estaría haciéndose dueña del juego, mientras que históricamente no fue más que objeto del sexo (Baudrillard, 2005). Podría decir, en consonancia, que la seducción ha alcanzado toda su fuerza performativa en un contexto erótico-sexual occidental que se ha “teñido de feminidad”, es decir, de una no fijación en una parte determinada del cuerpo, de un placer polimorfo y móvil que no se fija de forma rígida en la genitalidad y que se vuelve, por ello, “novelesca” y “enigmática” (Delgado Ruiz, 1991). Sin

embargo, y más allá de cierto sesgo esencialista presente en estas posiciones, sostengo que la riqueza de este texto se desprenderá del hecho de privilegiar las propias perspectivas de las mujeres con las que trabajé, mostrando qué era eso que llamamos seducción en su propio horizonte simbólico y valiéndome, a partir de esos sentidos locales, de un conjunto de nociones que colaboren en su comprensión.

Las *performances* de seducción femeninas eran concebidas por estas jóvenes como un hacer especial, como un modo de actuar específico que perseguía ciertos objetivos y que se diferenciaba claramente de otras acciones cotidianas. La seducción apareció en sus discursos estrechamente ligada al ámbito de lo erótico-afectivo y confinada a un momento particular de ese tipo de experiencias: el cortejo o, en términos locales, *los filos*, *los histeriqueos* y *las primeras citas* con un potencial compañero erótico (2). Así, las *performances* de seducción –que pueden, y de hecho son realizadas en cualquier momento y lugar– aparecían, discursivamente, confinadas a ciertos espacios y momentos relativamente escindidos de la vida diurna cargada de la responsabilidad del trabajo y el estudio. Esos espacios eran aquellos en donde las jóvenes y sus redes de relaciones aseguraban su sociabilidad: sitios de ocio y diversión nocturna como bares, fiestas y boliches.

La seducción se entendía como un *medio* estético-erótico-corporal para alcanzar relacionamientos eróticos con alguien por quien se sentía deseo; conseguir algún tipo de beneficio, como beber sin gastar dinero en una salida nocturna, o un puesto laboral; sentirse deseada y deseable: *sexy* y *linda*, es decir, persiguiendo –más o menos conscientemente– devenir una *chica con levante*. La seducción femenina como *un medio para conseguir algo* hacía referencia, en general, a la consecución de *sexo* y *amor*. Para ello, eran necesarios un conjunto de instrumentos o artefactos rituales: unos espacios y momentos propicios, música y danza, escasa iluminación, a veces determinados estados de conciencia –generados, especialmente, por el consumo de alcohol– y cierto estado anímico-corporal denominado *actitud*.

Debido a que este tipo de *performances* aparecían en los discursos de estas mujeres como acciones especiales y extraordinarias, en contraposición a otras actividades o conductas habituales ligadas fundamentalmente a la vida diurna, podrían pensarse en los términos de la noción de “conducta convencionalizada” de Tambiah (1985). La “conducta convencionalizada” es correlativa con expresiones ceremoniales, rituales y eventos sociales importantes sobre los que hay una conciencia respecto de que son diferentes de las actividades cotidianas (Tambiah, 1985). Esta remite a códigos culturales aprehendidos y es construida colectivamente como expresión de ciertas actitudes esperadas socialmente. En este marco, los y las sujetos separarían sus emociones privadas de su obligación de moralidad pública, implicando así que aquello que se performa en el marco de dichos eventos no corresponde a expresiones espontáneas sino (re)construidas y mediadas por la cultura (Tambiah, 1985; Elias, 1993).

Cuando una joven quería *chapar* o *ponerse de novia* con un varón no recurría, en general, a una declaración verbal directa de su deseo, sino a modos de comportamiento asociados culturalmente a aquello que competería a la feminidad: *tirar indirectas* –verbales y no verbales–, *mirar* y *bailar sensualmente* para

alguien de manera de que el deseo quede implicado o pueda ser inferido. De esta forma, la seducción femenina se asociaba a modos estético-erótico-performáticos realizados con el objetivo de que el varón objeto de deseo se acerque a generar un primer “estado de conversación” (Goffman, 1970); mientras que la generación directa de una interacción hablada se vinculaba al comportamiento masculino, aparece bajo el término local de *chamuyo*. Estos modos específicos organizados según sexo/género que constituían lo que se entendía por seducción femenina y masculina respondían a lo que Tambiah llamó “normas regulativas” (1985) constitutivas de toda conducta convencionalizada y que corresponden, justamente, a aquellas normas que orientan y regulan una práctica, proponen estilos estéticos y modos particulares –una “línea” (Goffman, 1970)– en que estas debieran realizarse en función de la posición social de cada sujeto.

Las *performances* de seducción propias y de las pares aparecieron estrechamente relacionadas con la idea de feminidad que sostenían las jóvenes. Al ser interrogadas sobre lo que era la seducción femenina, ellas se referían –en general– a que este tipo de *performances* serían *más típicas de las mujeres*. En sus propios términos, las mujeres serían quienes más seducen o *presumen*, mientras que los varones tenderían más bien a *encarar y levantar*.

La asociación directa entre seducción y feminidad era evidente. Para algunas jóvenes como Valentina, estudiante de Abogacía, de 26 años, seducir sería *algo propio de la mujer*. Para ella, *la mujer debe seducir* intentando no perder eso que la caracteriza como, según sus afirmaciones, estaría sucediendo con las adolescentes *que están cada vez más varoncitos*. Por su parte, un grupo de mujeres que conocí en un “Taller de seducción femenina”, del que participé en 2010, asociaba también la seducción a la feminidad, a la par que a la capacidad de éxito erótico *con el sexo opuesto*. Cuando las entrevisté, luego de haber conversado informalmente con ellas durante aquel taller, coincidían en que su asistencia se debía a una búsqueda de su *parte femenina* y a una persecución del *éxito con los varones*, es decir que se perseguía la “eficacia” (Schechner, 2000) de las propias *performances* de seducción (3).

Mariana, profesora de Educación Física y Técnica en Sonido, de 28 años, había asistido al taller porque estaba *buscando su parte femenina*, durante muchos años descuidada. Mariana me decía:

Como mujer vengo haciendo un proceso lento para mi edad. En las relaciones, el amor, ando buscando [...]. Este taller, cuando me lo recomendó una amiga, me pareció gracioso porque charlando con hombres no me dicen que soy poco femenina, pero entre las mujeres o mi mamá, por ejemplo, sí. Y son comentarios que pesan. Como soy profe de Educación Física ando siempre en zapatillas y cuando aparezco de tacos: “¡eh!, ¡estás disfrazada de mujer!” o “¡jepa!, ¿qué pasó?”. Yo creo que hay elementos que me faltan explorar por eso hice el curso, a lo mejor haría también un poquito de tango. Creo que es la búsqueda mía de la feminidad, de los gestos, de la delicadeza.

Como vemos, Mariana era explícita en los objetivos que la llevaron a participar del taller: una búsqueda personal de la feminidad y la delicadeza, aun reconociendo que “su fuerte” en términos de seducción era *su parte más masculina*: su look deportivo combinado con su cuerpo escultural y su moto en duro –con la que llegó siempre que nos vimos–.

Paola, otra participante del taller –abogada, de 27 años–, adujo que había asistido en busca de algunos “trucos” de seducción luego de una serie de relaciones amorosas que habían resultado infructuosas. La amiga que la acompañaba, por su parte, estaba recién divorciada y dijo haber asistido porque necesitaba *levantar su autoestima*.

En general, las jóvenes con las que trabajé asociaban la seducción a la feminidad y ambas a la *sutilidad* de ciertos “gestos” –de género– (Butler, 2007). Para ellas, mientras la seducción femenina *es algo sutil, el encare y el levante masculino son obvios*. Santina, una bailarina clásica y profesora de tango de 27 años, afirmaba que seducir es más femenino debido a las *sutilezas* que implica: *con un hombro descubierto ya podés seducir*, decía, *o con una mirada fija o vergonzosa*. *El levante* que, en general, realizan los varones *es más directo* mientras que *la seducción [femenina] es más gatuna, algo que pasa desapercibido pero a su vez no tanto*, cerraba Santina. Carolina, cajera de supermercado, de 29 años, sostenía que mientras *los varones no seducen tanto* porque *pasan por todas: te va a decir a vos, me va a decir a mí, le va a decir a aquella; la mina ficha uno y ahí pone todo* –toda su capacidad seductora–.

Para estas mujeres, *la mujer seduce y el hombre levanta*. En su horizonte de sentidos, los varones tendrían una estrategia de seducción expansiva, acercándose a todas con el *mismo verso hasta que alguna caiga*. En este sentido, escatimarían en detalles *chamuyendo a todas* y pensando que diciendo *dos boludeces* ellas accederían rápidamente a un relacionamiento erótico. Esta forma más bien directa –sin los recursos corporales puestos en juego como en el caso de la seducción femenina– se llevaría a cabo rápida y sistemáticamente con distintas jóvenes durante una misma noche. Frente a una supuesta *performance* masculina directa, concreta y tendiente a la eficacia entendida en términos de un coito heterosexual; las *performances* de seducción de las mujeres aparecían minuciosas, delicadas y dedicadas. *La mujer seduce* porque a ella le correspondería envolver, atraer, invitar al juego de la seducción, incentivando el acercamiento del varón por medio de múltiples citaciones estilizadas del cuerpo: miradas, bailes sensuales, sonrisas, etcétera. El varón *encara y levanta* porque a él le correspondería acercarse a generar la primera interacción cara a cara por medio del *chamuyo*: palabras halagadoras, piropos y chistes. Estas expresiones (de)muestran la coexistencia de roles “diferenciados y complementarios” (Schuch, 2002) de varones y mujeres puestos a funcionar en el marco de las experiencias eróticas heterosexuales y heteronormadas estudiadas. Vemos así el modo en que los “guiones de género” intervienen en lo que Gagnon y Simon llamaron “guiones sexuales” (2005), en este caso los guiones que (re)presentan los y las sujetos en instancias de *filo* e *histeriqueos* como las aquí priorizadas.

Los guiones de género aportan una vasta cantidad de significados a los guiones sexuales de mujeres y varones, y contienen “concepciones de valor moral” y “una idea de las explicaciones apropiadas del comportamiento” de cada uno (Gagnon, 2006: 132). De esta forma, mujeres y varones aprenden –cuando se encuentran, por ejemplo, en una instancia de seducción– cómo debieran comportarse según su sexo/género y cuáles son las “motivaciones prácticas” comunes y diferentes (Gagnon, 2006) de la conducta de cada uno. Los guiones de género funcionaban así, entre mis entrevistadas, como “identificadores” e “interpretadores” (Gagnon, 2006) de las *performances* de seducción específicas de mujeres y varones, ayudándolas a nombrar y llenar de sentidos sus experiencias eróticas y las “cintas de conducta” (Schechner, 2000) que en el marco de estas *performances*, ellas seguían.

Que el propio deseo *pase desapercibido pero no tanto* de manera de “hacer hacer” –en términos perlocucionarios (Austin, 1981)– *chamuyo* a los varones que resultaban atractivos conllevaba intentar que eso que se hacía *no se note tanto*, persiguiéndose así la pretendida *sutileza* femenina. Ana, una estudiante de Relaciones Internacionales, de 21 años, afirmaba que en términos de seducción femenina *no hace falta tanto* y que *está bueno que se distinga si una mujer es atrayente o repelente*, es decir, si se es una mujer erótico-moralmente aceptable o *una puta* o *un gato* (Autor, año). Ana sentenciaba que *la sutileza habla de la mujer que sos*, expresión que funcionaba como explicación del hecho de que el común de estas mujeres intenten respetar una serie de formas cuidadas –en términos estético y moral– vinculadas a una sensualidad no paródica: no *extravagante* ni *exagerada*. Por medio de modos *sutiles* de mirar, de atraer y de demostrar interés, estas mujeres intentaban evitar ser arrojadas por fuera de las “fronteras amorales” (Rubin, 1989) de la sexualidad femenina o de la feminidad sexuada.

## Actitud

Para que las *performances* de seducción femeninas sean eficaces y, a la vez, no paródicas –*exageradas*– y evidentes –*regaladas* o *no recatadas*– era necesaria cierta *actitud* personal. En términos locales, *la actitud* remitía a un modo particular de presentarse ante los otros y relacionarse socio-eróticamente que echaba mano de las posibilidades que brinda el propio cuerpo y que necesitaba cierto estado del ánimo por parte de la *performer*. *La actitud* integraba un conjunto de puestas en acción que incluía: desplazamientos y movimientos estratégicos por el espacio tendientes a *llamar la atención* o *hacerse ver*, actos destinados a generar atracción erótica, habilidad para establecer contactos corporales y sostener interacciones habladas; y requeriría de un estado emocional particular –seguridad en sí misma y buen estado anímico–. Sin embargo, había *algo* en este modo de significar las *performances* de seducción femeninas que se escapaba del marco de la reflexividad discursiva de las entrevistadas, de la posibilidad de nombrarlo y explicitarlo.

La *actitud* era definida por la capacidad de mostrarse como una mujer *sensual, divertida, inteligente*, y por la habilidad de provocar *atracción, curiosidad y misterio* sin “morir” en el intento, es decir, sin devenir *una puta* o *un gato*. Leticia, una estudiante de licenciatura en Recursos Humanos, de 24 años, me contaba de una amiga que *cuando le gusta un hombre tiene algo, quizás algo innato, un sexapil que los atrae* incluso en los espacios menos pensados, como por ejemplo en plena calle. Agostina, una estudiante de Traductorado de Inglés, de 20 años, comentaba que sus compañeros de colegio le decían que ella *tiene algo especial, algo que no saben qué es, algo que esconde* y que la distingue de otras jóvenes, que la hace *distinta* y *sexy*. Mariana afirmaba que cuando *hay un disfrute en eso de buscar que el otro te preste atención* se deviene alguien *sensual que tiene la habilidad de disfrutar de sus sentidos* y que por eso *resulta atractivo*.

En términos locales, *la actitud* superaba la estilización corporal, cierta presentación personal así como los actos eminentemente performáticos de la seducción. *La actitud* aparecía como *algo* más que la suma de estos elementos, habría un *algo* innominable que se desplegaría y donde residiría la eficacia de una *performance* de este tipo. Por un lado, ese *algo* que se emana sería el resultado visible de la seguridad en sí misma, y desde esa posición frente al mundo se lograrían comportamientos de mayor prestancia y presencia: *performances sexys* y a la vez no forzadas –no *regaladas* o *exageradas*– y por tanto “graciosas” (Schechner, 2000) (4). Esa “gracia” conseguida por intermedio de aquello que se ha aprehendido –por causa de haberse ensayado y realizado infinitas veces– le daría a la *performance* cierta calidad: fluidez a los movimientos y las palabras, profundidad de la mirada, altitud del rostro que sonríe y no se sonroja. La “gracia” ya alcanzada contribuiría a superar la vergüenza y la incomodidad de la inexperiencia. *Actitud* tendría, así, alguien que ha alcanzado un buen “desempeño” (Gagnon, 2006) erótico (5). La “gracia” y el “desempeño” facilitarían cierta predisposición para jugar, *hacerse ver* y *presumir*, pero haría falta algo más: un cierto estado anímico y subjetivo. Pilar, una estudiante de Abogacía, de 26 años, fue clara en este sentido. Ella me contaba que logró superar *muchos problemas de autoestima con la ayuda de las amigas y de la terapia*, por lo cual estaba “entrando en una *buena racha*: muchos amantes y pretendientes”. Pilar me decía:

¿Qué vas a salir a seducir a otro si vos tenés problemas con vos mismo? Hay tiempos que no encontrás nada y tiempos de racha. Ahora me ha surgido así y me ha sorprendido, entonces esto tiene que ver con un cambio en uno, tiene que ver con la actitud de uno. Yo antes no me arreglaba, no mostraba nada [...], ahora hice un cambio. Cuando me veo arreglada salgo con otra actitud, salgo pensando ¡voy a derribar el mundo!

De esta forma, para que se alcancen los efectos perlocucionarios más comúnmente perseguidos de una *performance* de seducción: *ser mirada, resultar atractiva, chapar* o *coger* con alguien, *ponerse de novia*, sería necesaria cierta autoestima y predisposición. En términos de autoestima, los procesos aparecían

largos y complejos, y eran alcanzados por medio de sistemáticas instancias terapéuticas o de un trabajo de reflexión sobre sí mismas. En términos de predisposición, la cuestión parecería más sencilla. Por un lado, las amigas cumplían una función central a través de la escucha y del consejo, acompañando a comprar ropa adecuada para una salida o una cita, asegurándose de que la amiga en duelo por una separación amorosa, *insegura* de su propio cuerpo o *tímida*, se vea atractiva y se anime a devenir seductora. Paralelamente, la predisposición se forjaba en el marco de *las previas* a las salidas nocturnas. En esas instancias, las amigas se juntaban, se alentaban y arengaban, preparaban estéticamente sus cuerpos y, en general, consumían alcohol por lo que lograban estados de conciencia particulares que permitían ya “en escena” –en los boliches y las fiestas donde asistían– *performances* de seducción fluidas y graciosas. La predisposición, la autoestima y ciertos estados de conciencia compartidos entre las amigas potenciaban *la actitud*, es decir, “hacían hacer” seducción femenina con mayor seguridad, sensualidad y prestancia. A su vez, *la actitud* se constituía como aquello que “hacía hacer” *chamuyo* y *encare* a los varones, evitándoles a las mujeres comportamientos que no corresponderían –en su horizonte de sentidos– a su propio sexo/género.

### Eficacia y entretenimiento

Afirmé ya que las *performances* de seducción, al ser concebidas por las mujeres con las que trabajé como un hacer especial, podían pensarse como “conducta convencionalizada” y, por tanto, no serían conducta espontánea sino aprehendida en el marco de un tiempo histórico y una cultura particular. Como tales, estas *performances* están en constante relación/tensión con los “códigos morales” de su época. Michel Foucault definió la noción de “códigos morales” como un “conjunto prescriptivo” de “valores” y “reglas de acción” que se proponen por medio de aparatos institucionales diversos y que pueden ser “explícitamente formulados” como “... transmitidos de manera difusa [...] [constituyendo] un juego complejo de elementos que se compensan, se corrigen, se anulan en ciertos puntos, permitiendo [...] compromisos o escapatorias” (2003: 26).

Las mujeres universitarias con las que trabajé adscribían –y paralelamente (re)construían– a “códigos morales” que circunscribían la seducción femenina a modos de acercamiento erótico *sutiles*, *indirectos*, inferibles más no evidentes, que se combinaban con “estilos estéticos” (Foucault, 2003) *sexys* pero *finos* y *elegantes* a la vez, es decir, medidos en términos de exhibición del propio cuerpo y despliegue *performático* del erotismo (Bianciotti, 2011; 2013). En los términos foucaultianos del “compromiso”, algunas entrevistadas afirmaban que no hacía falta *tirársele encima* al joven que les atraía ni abordarlo directamente invitándolo a salir, *declarándose*, *encarándolo* o *llamándolo insistentemente*, sino que convenía concentrarse en ejecutar



el arte del *dar a entender* con miradas sostenidas y sonrisas, *esperando* que surtan efecto los modos eminentemente estético-erótico-corporales de la seducción femenina.

Priscila, una estudiante de Abogacía, de 21 años, me decía, por ejemplo: *eso de te invite a tomar algo, te llamo un montón de veces o bailo con otro y te miro ¡no!, esas cosas no me gustan, no las hice nunca, a mí no me gusta cómo me siento yo yendo a buscar al hombre, yo soy de las que esperan*. Otras entrevistadas insistían en que ellas no seducían *a todos por diversión* ni para ser el *centro de atención de la noche* ni mantenían –cada fin de semana– intercambios eróticos con varones diferentes, sino que lo hacían por amor o interés genuino en conocer a alguien seriamente. Agustina, por ejemplo, decía refiriéndose a las conductas de algunas amigas: *se chaparon a cincuenta chicos y están orgullosas de eso y yo digo: ¿de qué orgullosas?, no te acordás de nada, el otro no se acuerda de nada, no sé, es una forma de diversión que no comparto*.

Sin embargo, los vínculos con estos “códigos morales” tanto como con los “estilos estéticos” de las *performances* de seducción femenina no solo aparecían en estos términos. Mientras que algunas mujeres afirmaban que *ni locas invitaban a salir* al chico que les gustaba, ni se imaginaban *yendo a encararlo*, ni les divertía *chapar con cincuenta chicos*; otro conjunto de jóvenes parecía experimentar sus propias *performances* de una manera más relajada: el contexto, el interlocutor y sus propios deseos hacían que se acercaran o se distanciaran de las “normas regulativas” y las “reglas de acción” de la práctica social de la seducción. Mientras que para un grupo de jóvenes las *performances* de seducción estaban más ligadas a lo que llamé “eficacia”, para otras mujeres, aparecían también bajo la forma del “entretenimiento” (Schechner, 2000) (6).

La seducción se establecía –según lo que he podido observar– en un *continuum* entre eficacia y entretenimiento porque, por un lado, sus propios actos *performáticos* se realizaban persiguiendo alianzas: *ponerse de novia, irse con alguien del boliche o chapar*; pero esos actos no se escenificaban solo con el fin de establecer intercambios deseados, sino también porque a las jóvenes les gustaba –como a los *performers* de Kurumugl– “... exhibirse, [...] bailar, [...] divertirse” (Schechner, 2000: 35). Muchas mujeres afirmaban seducir no solo para *ponerse de novias*, sino también para *ser miradas, sentirse atractivas, conseguir beber durante una noche de fiesta sin gastar dinero, levantar su autoestima*. Laura, una estudiante de Psicología, de 24 años, me contó en este sentido:

[En la adolescencia] elegíamos el grupo de chicos que tenía el balde [de bebida alcohólica] más grande y nos robábamos el balde [...]. No gastábamos absolutamente nada, llevábamos cinco pesos para el taxi y tomábamos gratis toda la noche.

¿Y cómo lo hacían?

Bailando y charlando con los chicos. Te invitan a tomar algo y después: “bueno me voy al baño” y no volvés más y te encontrás con tus amigas con otros vasos que trajeron de la

misma forma. Eso está bueno, es divertido. Me acuerdo una vez que fuimos con nuestros novios a Rocola, un boliche en el Cerro, llegamos y nos pusimos a bailar arriba de unas sillas sin saber que iba a haber regalos por eso, los novios abajo y las mujeres arriba de las sillas. Y dicen "para la chica que está arriba de la silla una cerveza", así que fui yo a buscar la cerveza. De repente, nos encontramos con que lo único que quedaba para subirse era la barra [de bebidas] así que nos subimos a bailar ahí arriba. Ya todos los que estaban ahí estaban mirándonos y hacía rato que estábamos tomando gratis, nos regalaban una cerveza, un New Age, de todo.

Como puede observarse, Laura y sus amigas no perseguían una alianza erótico-amorosa por medio de sus *performances*, ya que se encontraban en aquel local bailable con sus novios. En vez de ello, se subieron a bailar sobre aquellas sillas para ser miradas y luego sostuvieron esa acción para seguir recibiendo –de forma gratuita– bebidas alcohólicas. Se evidencia, en el relato, un disfrute en el hecho de ocupar la atención. Las jóvenes habían comenzado a bailar sobre una superficie más alta del nivel del suelo –de modo de lograr ser observadas por mayor cantidad de personas– antes de saber que recibirían bebidas de regalo por ello. Además, Laura contaba que –en un momento– al no haber más sillas disponibles decidieron subirse a una de las barras del establecimiento de modo de seguir siendo centro de atención. Puede observarse, así, un regocijo en el sentirse deseadas y sensuales, y un disfrute de los juegos de seducción. Este fue el caso, también, de Noelia –una joven psicóloga, de 30 años– que me compartió en una de nuestras entrevistas la siguiente escena de seducción:

Cuando me doy cuenta de que él me empieza a tirotear, empiezo a hacer toda una cosa de seducción que es más proactiva.

*¿Qué hacías?*

Él bailaba y yo lo aplaudía, lo arengaba a que hiciera más o le decía cosas, lo piropeaba, todas esas cosas bien masculinas, un cambio de rol.

*¿Y cuál era el significado de lo que estabas haciendo?*

Dándome cuenta de que él quería seducirme y lo alentaba a que lo hiciera. Como gozosa de esa situación.

*¿Y por qué?*

Porque es lindo, está bueno, te hace sentir especial, te hace sentir especialmente agasajada.

Se daba, de esta forma, una trenza entre eficacia y entretenimiento en la que ambos elementos se interrelacionaban, pudiendo tener primacía uno o el otro en diferentes momentos, pero nunca dándose solos, sino formando polos de un mismo *continuum*. En ocasiones, las *performances* de seducción parecían realizarse más desprejuiciadamente, como en el caso de Laura y Noelia, y en contraposición a lo que

afirmaban jóvenes como Priscila y Agostina. Esto sucedía, sobre todo, cuando se había ingerido grandes cantidades de alcohol –o bajo ese pretexto–, cuando no había involucramiento afectivo con aquel al que se seducía o cuando se lo hacía grupalmente. Algunas veces, las jóvenes centraban sus relatos en la diversión experimentada en sus propias *performances* o relataban historias en las que afirmaban haber transgredido lo que llamaban *roles de género* o *mandatos sociales*. Ellas sabían cuáles eran los guiones sexuales asignados socialmente según sexo/género y podían desobedecerlos más o menos en determinadas situaciones. Sin embargo, esto no se daba sin contradicciones, sucedía que quien había tenido un “guion sexual” masculino –como consideraba Noelia respecto de su propia performance– había decidido, a la vez, establecer un límite allí donde comenzaran los besos y las caricias con el objetivo de preservar una “cara” (Goffman, 1970) de mujer honorable. Noelia continuaba su relato de aquella noche de la siguiente manera:

Si esa noche no hubieran estado mis parientes hubiera pasado algo, seguro, una noche, un rato pero era amigo de mis parientes, para mí no daba para que la prima de la Argentina viniera a bajarse al amigo para una noche, ahí entra lo de puta, todo el imaginario ese. Pero sí, si hubiera sido la misma situación acá [en Córdoba] con alguien, sí, hubiera pasado algo, un beso o algo más pero de una noche, nada más.

*¿Por qué no te dio?*

Porque estaban los parientes y se viene todo esto de que no corresponde, ¿para qué vas a quedar mal?, como puta, loca. Eso se jugaba: la primera imagen de mi familia [de España] con relación a nosotras.

Como vemos, la misma joven que había seducido sobrepasando sus propios límites estético-morales decidió dar fin al juego erótico antes de que este devenga en una sincronía física que integrara *un chape* o un coito heterosexual. Esa decisión tuvo su causa en el hecho de que estaba visitando, en aquel viaje, a familiares españoles, razón por la cual Noelia decidió seguir una “línea” con el objetivo de preservar una determinada “cara” de mujer respetable. Así, estas *performances* se desarrollaban y experimentaban en constante relación/tensión con los códigos a los que adscribían las jóvenes, pero los que no siempre respetaban, por lo menos del todo. Estas *performances* se daban entre una eficacia constituida con base en elementos de carácter estético-afectivo-moral y un entretenimiento ligado al placer de vivenciarse a sí mismas como mujeres con capacidad de resultar deseadas: *sexys*, *sensuales*, *lindas* para los varones con los que se relacionaban.

## Mujeres y sexualidades

Para las mujeres jóvenes contemporáneas la experiencia de la sexualidad ganó una importancia considerable respecto de las generaciones de sus madres y abuelas, convirtiéndose en un valor en sí misma (Heilborn, 1999). El campo de estudio en género y sexualidades viene (de)mostrando que la moral sexual, la vivencia de las sexualidades tanto como los procesos –rituales– del cortejo se han transformado a pasos agigantados. En los 60 y los 70, nuevos modos de sociabilidad juvenil hicieron que el fenómeno socio-erótico del “festejo” desaparezca, y el flirteo comience a desarrollarse por fuera del control de los adultos e integre besos y caricias (Cosse, 2008; Manzano, 2010). El “destape” de los 80 –a pesar de la epidemia del VIH-SIDA– sentó las bases para que los años 90 y 2000 trajeran consigo nuevos modos de relacionamientos eróticos desligados de la institución matrimonial y la reproducción: “el ficar” (Schuch, 2002), “las transas” (Jones, 2010) y la “amizade colorida” (Heilborn, 2006) son ejemplos de ello. Así, los actos *performáticos* de la seducción femenina han devenido más presentes en la vida social contemporánea, se han flexibilizado, han alcanzado dimensiones *performáticas* nunca antes vistas, han cobrado un valor en sí mismos y se han constituido como una esfera de construcción de subjetividades.

Hemos visto que las mujeres con las que trabajé adscribían a valores y reglas de acción que asociaban la seducción femenina a una *sutileza* configurada en términos estético-erótico-morales y que controlaban y monitoreaban sus propias *performances* para permanecer dentro de las fronteras morales de la sexualidad femenina. Hemos visto cómo funcionaban roles diferenciales y complementarios para varones y mujeres en el marco de *los filos e histeriqueos* de los que hablaban las jóvenes, pero también que esto no implicaba una pasividad femenina sino, simplemente, que a ellas y ellos les cabían funciones particulares que actuaban complementaria y relacionalmente. El “hacer” por intermedio del *chamuyo* y el *encare* precisaba de la presencia, la sensualidad y la eficacia del “hacer hacer” femenino.

En las arenas de la seducción, las mujeres se jugaban la propia supervivencia cultural (Butler, 2007) y, por ello, desarrollaban sus *performances* dentro de ciertos parámetros estético-erótico-morales intentando dar cuenta de ello en sus propios discursos. Paralelamente, las posibilidades sociales, morales y estético-erótico-*performáticas* de estas jóvenes puestas en dimensión histórica (de)muestran las profundas “transformaciones de la intimidad” moderna (Giddens, 2008). Estas jóvenes nadaban por las aguas del erotismo sujetándose a ciertos valores morales y normas regulativas de la sexualidad femenina, tanto como sumergiéndose para disfrutar de las capacidades *performáticas* y sensitivas de sus cuerpos y las experiencias lúdicas del (hetero)erotismo juvenil contemporáneo.

## Notas

(1) Entiendo la noción de *performance* como un conjunto de “actividades humanas –sucesos, conductas– que tienen la cualidad de [ser] ‘conducta restaurada’, o ‘conducta practicada dos veces’” (Schechner, 2000: 13). La marca distintiva de la *performance* en la vida cotidiana, los rituales, las ceremonias, hace referencia a la acción de reiterar un conjunto de “cintas de conducta” aprehendidas. La *performance* es reiteración de guiones socio-culturales y citación de ciertas “normas”, por ejemplo, las de sexo/género/deseo, que la hacen no original y no espontánea. Sin embargo, al reiterarse a sí misma la *performance* se restaura. En este sentido, una *performance* nunca se lleva a cabo de igual manera dos veces porque “ninguna repetición es exactamente lo que copia” (Schechner, 2000: 13). En estrecha relación con su característica iterativa, las *performances* provocan transformaciones en quienes las realizan, crean/refuerzan alianzas y consiguen resultados: “marcan identidades, tuercen y rehacen el tiempo, adornan y modelan el cuerpo, cuentan historias” (Schechner, 2000: 13). Las *performances* son realizativas: hacen cosas, tanto en términos ilocucionarios como perlocucionarios (Austin, 1981).

(2) En este texto, aparecerán en cursiva los términos locales (des)cubiertos en campo tanto como las citas directas de las afirmaciones, opiniones y comentarios que fueran realizados por las jóvenes con las que trabajé.

(3) La “eficacia”, en términos de Schechner, consiste en aquello que “hace” y que “hace hacer” una *performance* o ritual –efectos ilocucionarios y perlocucionarios, respectivamente (Austin, 1981)–. La eficacia es parte constitutiva de la *performance* por su cualidad para alcanzar ciertos resultados esperados: (re)construir alianzas; marcar identidades, torcer y reordenar el tiempo, contar historias, hacer de niños hombres y de niñas mujeres, etc. (Schechner, 2000).

(4) El concepto de “gracia” remite a la eficacia de un movimiento o acción. La gracia se consigue por medio de un proceso de simplificación de la acción que tiene lugar a través del entrenamiento. Cuando un movimiento ha sido entrenado y ensayado reiteradamente, teniendo ya una meta bien determinada que le da una forma “tersa y bonita”, se consigue la gracia (Schechner, 2000). Contrariamente, un movimiento exploratorio es accidentado, incoherente y desprolijo. En el caso de las *performances* de seducción, la gracia se conseguiría no tanto por medio de ensayos pautados como sucede en el teatro, sino más bien por intermedio de una socialización temprana en los modos de la feminidad y la masculinidad, socialización en la que intervienen múltiples “tecnologías de género” (De Lauretis, 1996) y “tecnologías del yo” (Foucault, 2008).

(5) Gagnon (2006) diferenció la “competencia” del “desempeño”. Tomando estas ideas de Noam Chomsky, afirmaba que la “competencia” podría pensarse como la capacidad humana para desde aprender y utilizar fluidamente el lenguaje –que remite al interés investigativo de Chomsky–, hasta conseguir un orgasmo –que remite al interés de nuestro autor–. Por su parte, el “desempeño” refiere al saber hacer en determinadas circunstancias, por ejemplo, en el marco de un coito hetero- u homosexual: saber desvestirse al otro/a, saber acariciar y generar excitación, sostener la tensión erótica, conseguir el orgasmo. En este sentido, el “desempeño” es algo que se consigue, fundamentalmente, por medio del aprendizaje.

(6) Para Schechner (2000), eficacia y entretenimiento son dos polos de un mismo *continuum* en el marco de cualquier tipo de *performance*. El autor da cuenta de aquello que entiende por “eficacia” y “entretenimiento” a través del análisis del ritual del “cantacanta” en Kurumugl –Papúa Nueva Guinea. Este ritual reemplazaba y prevenía la guerra entre grupos antagonistas. En este marco, en vez de pelotones de ataque y víctimas humanas había bailarines, es decir que un combate real se transformó en danza. La *performance* de Kurumugl hacía ocurrir lo que celebraba: por medio de representaciones estéticas ocurrían transformaciones sociales, el combate se transformaba en danza y dos grupos enemistados lograban relaciones de vecindad y amistad. Representar estéticamente ciertas danzas era el modo de lograr resultados sociales reales y necesarios: la *performance* resultaba eficaz. Ahora bien, estas danzas no se realizaban simplemente por su eficacia, sino también porque agradaban y entretenían. En Kurumugl, el entretenimiento formaba parte del intercambio ritual, y mientras más espléndidas eran las danzas más fuertes las alianzas y viceversa. Las danzas –movimientos readaptados del combate– eran pivotes de un sistema que transformaba conductas.

## Bibliografía

- Austin, John. (1981 [1962]), *Cómo hacer cosas con palabras* [en línea]. Disponible en: <[http://www.jacquesderrida.com.ar/restos/hacer\\_cosas\\_palabras.pdf](http://www.jacquesderrida.com.ar/restos/hacer_cosas_palabras.pdf)>.
- Baudrillard, Jean (2005 [1979]), *De la seducción*, Madrid, Cátedra.
- Becker, Howard (2009 [1998]), *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Butler, Judith (2007 [1990]). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós.
- Cosse, Isabella (2008), "Probando la libertad: cambios y continuidades en el cortejo y el noviazgo entre los jóvenes porteños (1950-1970)", *Entrepasados Revista de Historia*, N.° 33, pp. 31-47.
- De Lauretis, Teresa (1996 [1989]), "La tecnología del género", *Revista Mora*, N.° 2, pp. 6-34.
- Delgado Ruiz, Manuel y otros (1991), *La sexualidad en la sociedad contemporánea. Lecturas antropológicas*, Madrid, Fundación Universidad Empresa.
- Dias Duarte, Luiz Fernando (1999), "O império dos sentidos: sensibilidade, sensualidade e sexualidade na cultura ocidental moderna", en M. L. Heilborn (org.), *Sexualidade. O olhar das ciências sociais*, Río de Janeiro, Zahar, pp. 21-30.
- Elias, Norbert (1993 [1977/1979]), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel (2003 [1984]), *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel (2008 [1981]), "Tecnologías del yo", en M. Foucault, *Tecnologías del yo y otros ensayos afines*, Buenos Aires, Paidós, pp. 45-94.
- Gagnon, John (2006), *Uma interpretação do desejo. Ensaio sobre o estudo da sexualidade*, Río de Janeiro, Garamond.
- Gagnon, John y William Simon (2005 [1973]), *Sexual Conduct: The Social Sources of Human Sexuality*, New Brunswick, Aldine Transaction.
- Giddens, Anthony (2008 [1995]), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Buenos Aires, Cátedra.
- Goffman, Erving (1970 [1967]), *Ritual de Interacción*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- Hakim, Catherine (2012 [2011]), *Capital erótico. El poder de fascinar a los demás*, Buenos Aires, Debate.
- Heilborn, Maria Luiza (1999), "Construção de si, gênero e sexualidade", en M. L. Heilborn (org.), *Sexualidade. O olhar das ciências sociais*, Río de Janeiro, Zahar, pp. 40-58.
- Heilborn, Maria Luiza (2006), "Corpos na cidade: sedução e sexualidade", en G. Velho (org.), *Antropología Urbana. Cultura e sociedade no Brasil e em Portugal*, Río de Janeiro, Zahar, pp. 98-108.

- Jones, Daniel (2010), *Sexualidades adolescentes. Amor, placer y control en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, CICCUS-CLACSO.
- Manzano, Valeria (2010), "Ha llegado la 'nueva ola': música, consumo y juventud en la Argentina, 1956-1966", en I. Cosse; Felitti, K. y V. Manzano (eds.), *Los 60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 19-60.
- Rubin, Gayle (1989 [1984]), "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad", en C. Vance (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Talasa Ediciones, pp. 113-190.
- Schechner, Richard (2000), *Performance. Teoría y prácticas interculturales*, Buenos Aires, Libros del Rojas.
- Schuch, Patrice (2002), "'Ficar' ou Namorar: eis a questão? Relações de Gênero, Afeto e Corpo entre Jovens Universitários de Porto Alegre", *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, Vol. 1, N.º 3, pp. 282-302 [en línea], Disponible en: <http://www.cchla.ufpb.br/rbse/RBSE%20v1%20n3%20dezembro%20de%202002.pdf>.
- Tambiah, Stanley (1985), *Culture, Thought and Social Action. An Anthropological Perspective*, Cambridge, Harvard University Press.
- Weeks, Jeffrey (1998), *Sexualidad*, México, Paidós.

Artículo recibido el 13/04/15 - Evaluado entre el 24/04/15 y 29/05/15 - Publicado el 25/06/15